

Mi compañero

D. ANTONIO CÉSAR ÉVORA

Cada vez que lo presento la gente no se limita, como haría con cualquier otro al darle la mano, inclinando apenas la cabeza y esbozando una sonrisa. Mi compañero despierta reacciones excesivas: pronunciación afectada, risitas histéricas y alguna que otra mueca.

Y eso que no es un divo del rock, del cine, ni del fútbol, sino un subsahariano. Africano, extracomunitario, subdesarrollado o en vías de desarrollo: bienvenidos todos los eufemismos, pues si hay algo que me saca de quicio es la gente que, para que no la tachen de racista pasa por alto la evidente diferencia étnica de Jacou y, esforzándose por tratarlo como a uno de nosotros, exagera. Y lo digo yo, que hace veintisiete años convivo con él.

Puede suceder, en el momento de la presentación, que Jacou no se inmute, que mantenga su expresión olímpica. Entonces se desencadena un súbito interés por su país:

-No me digas, ¿del Zaire? ¿De qué población exactamente?

Como si apreciaran la diferencia entre Matadi, Basoko, mango, Kabinda, Lusamba o Kinshasa.

En una de esas Jacou les contesta a regañadientes. Entonces llueven las alabanzas:

-Pero qué bien habla, sin el menor acento! -aunque para hacerse el cínico sólo dijo "Todo lo neglo Camama café", que ni sabe lo que significa. Después van jactándose por ahí:

-,Pero cómo? ¿Todavía no conoces a Jacou? Una personalidad única. ¡Lo entiende todo! Fíjate que apenas me vio me dijo...

Y no paran de citar las idioteces que profirió como si se tratara del oráculo de Delfos. Poco falta para que vengan en peregrinaje. Por suerte no soy celosa, de otra manera cómo sufriría al pasarle el teléfono a quienes le piden besos y otras manifestaciones eróticas, o al retirar del correo las postales con dibujos francamente ridículos que a veces le envían, con su nombre escrito invariablemente equivocado, y sin que figure un saludo para mí.

A veces pienso que debería ser más tolerante con los demás: al fin y al cabo tratan de disimular la incomodidad que les provoca nuestra unión. Yo también me asombro y reflexiono -lucidez no me falta- sin lograr encontrar una razón suficiente. Me lo pregunto sin cesar: ¿qué hizo que una persona sensible como yo, que fue deseada y también amada por algunos de los tíos más interesantes de mi juventud, para terminar con un sujeto tan pesado y hogareño?

De haberle hecho caso a mi instinto lo hubiera mandado en seguida de vuelta al Zaire. A él y a su compañera de entonces, la pareja que había creado tantas expectativas. Después, viéndolos tan humildes, desnutridos, mareados por el avión, sin hablar una sola palabra de castellano, prendidos a sus maletas de cartón como dos pollitos mojados, me dejé llevar por la piedad. Hace veintisiete años no teníamos idea de las lanchas de goma desbordantes de subsaharianos, de los marroquíes descargados como mercadería, ni tampoco de las balsas de cubanos en medio de los tiburones, y podíamos conmovernos frente a esos dos que habían viajado en clase turística e iban a vivir en una

casa civilizada, con comida y alojamiento seguros, trabajo sedentario y vacaciones incluidas.

Jacou sufría por el desarraigo y se aislaba, digno y meditabundo. En cambio, ella se adaptó inmediatamente; a veces se le veía feliz, con la cara embadurnada de helado de vainilla; cursilona, con los meñiques perennemente enroscados -razón por la cual se le caía todo-, hablando de sí mismos siempre en términos diminutivos: "Buenitos, chiquiticos, bonitos, dormiditos.. . ", que hacía contraste con las desmedidas manifestaciones con que acompañaban su actividad sexual cuando se retiraban de noche. Fufú -tal fue el apodo que se granjeó por su simpática manera de farfullar cuando saludaba-, era la haraganería personificada. Sus crisis parecían pretextos para no hacer nada, y un psicoanalista amigo mío le diagnosticó una suerte de achaque africano. Efectivamente, tantas horas delante del televisor mirando películas de cowboys y de guerra le habían hecho cesar la ovulación; más tarde sufrió del pulgar del pianista, del codo del jugador de tenis y de la tortícolis del chofer, hasta que después de diez años con nosotros, como una de la familia, una fiebre caballuna -el termómetro superaba los 42 grados- se llevó a la tumba a la pobre Fufú. Todos quedamos muy doloridos, excepto Jacou, que vio caer el último obstáculo para la realización de su sueño de vida en pareja. Conmigo.

Y henos aquí, veintisiete años bajo el mismo techo. Será por la diversidad geográfica, cultural, social, antropológica, y sexual-permítanme sosloyarlo-, el hecho es que nosotros no hacemos caso de ciertos factores importantes en los que se funda una *relación de pareja*. Si a Jacou no le interesa todo lo que hago fuera de casa, yo ignoro todo lo referente a su vida en Zaire. Nunca he llegado a saber, por ejemplo, su fecha de nacimiento, que sería útil a fines de conocer su signo zodiacal. Entró en España con un documento provisional. Tal vez estoy protegiendo a un clandestino sin permiso de residencia, que se escabulló entre la burocracia; la tan cacareada legislación para los extranjeros podría reservar un castigo ejemplar para casos como el nuestro. Y si Jacou fuese un criminal que canjeó su condena con el exilio? Pero lo que más me intriga es no saber si nació antes o después de la transición, es decir no saber su edad y no poder tampoco calcularla a ojo, pues a nosotros los individuos de esa raza nos resultan todos idénticos. A lo mejor tiene la misma edad que yo. En cambio, podría haber una gran diferencia de entre nosotros; me halagaría tener un compañero con la mitad de mis años.

Alguna vez comentó que en el Zaire tenía que ver con maderas, pero cuando decidió apropiarse de las cuatro sillas Saarinen que eran de la época de mi abuela, las destruyó de tanto cepillarlas. Superfluo decir que desde que llegó al país no ha ejercido ningún trabajo. Completamente mantenido por mí, él no se agacha ni para levantar un caramelo, mete la cabeza en el plato y a veces espera que yo le sirva. Para despertar su amor propio le cito por ejemplo la masa de inmigrantes, entre ellos muchos connacionales suyos, que mal pagados y precarios, para poder mandar dinero a la familia trabajan diez horas por día como obreros de la construcción o recogiendo tomates.

Y duermen en tugurios sin agua. Él, que tiene agua de sobra, aunque haga un calor tórrido se baña sólo una vez por semana, los jueves, el día que viene a limpiar el ecuatoriano que al pasar la aspiradora desencadena en Jacou las ganas de limpieza. Así que yo, que tengo debilidad por los hombres recién duchados, mejor si recién afeitados y con olor a loción *after-shave*, terminé viviendo con un personaje cuya higiene deja

mucho que desear, y que tiene la manía de depilarse drásticamente el pubis y de ahí seguir hasta el pecho y las axilas hasta obtener un triángulo rosado desprovisto ya de bulbos pilíferos, que contrasta con el resto del cuerpo.

Olvidé aclarar que Jacou sale de casa sólo en caso de mudanza y presumo, de incendio. No ve la calle ni siquiera para ir a buscar el periódico. A falta de diarios recurre a los libros de Borges, que de tanto en tanto tengo que reponer pues me los arruina todos, con ese modo ansioso y estéril de trashedarlos y tirarlos al suelo. Vaya una a saber por qué, pudiendo alcanzar las baldas más altas de la biblioteca sin necesidad de la escalera, tiene que elegir siempre a Borges. Por encima de eso, Jacou sufre de analfabetismo funcional. Con una alumna mía, acostumbrada a la escuela norteamericana y a sus frecuentes pruebas de aprendizaje, decidimos darle una instrucción elemental. Ante todo, comprobamos su situación de base, de modo que le asignamos un cuaderno donde anotamos todas las palabras y frases que aprendió desde que vive conmigo. La lista, por orden alfabético para evitar repeticiones, nos reveló que Jacou maneja 150 vocablos y/o frases completas. Un léxico deshilvanado, atrabancado, compuesto en su mayoría por fórmulas habituales de cortesía y palabrotas aprendidas de la gente que viene a casa.

La lista no contempla el bagaje lingüístico africano, consistente en el lingala, idioma materno que empleaba invariablemente para zamarrear a Fufú, y el francés chapurreado "On va au biló?", con que se dirigía a un compatriota suyo, y que siempre me sonó como un modo poco elegante para echarlo de la mesa. Lejos de mi criticar la pronunciación de Jacou, irrepreensible, extraordinario ejemplo de ortoepía que me pone verde de envidia.

Otras cosas, aparentemente agradables, en él se vuelven dignas de condena, como el hecho de que esté siempre pendiente de mis labios, me mire como nunca nadie me miró, y tome nota de todos los pormenores que me conciernen. No me deja pasar nada, no perdona. Hasta diría que se complace en recordarme los desaires que he sufrido en su presencia. Voy a contarles uno. Años atrás escribí un guión titulado *Danzando la vida*, sobre un bailarín de tango de principios de siglo, y se lo envié a la compañía cinematográfica de Alain Delon, pues le podía atraer ^{protagonizarlo}, dada su reconocida pasión por el género musical rioplatense. Después de un mes de llamadas van y llamadas vienen la tozuda secretaria me contesta que no les interesa. Desde ese día en adelante, cada vez que suena el teléfono no dice más "Diga?" ni "¿Si?" como antes. Ahora repite varias veces, mirándome con una mueca diabólica: "Aló?"

Entre mi compañero y yo hay definitivamente un abismo. Al comienzo él sabía colmarlo con la música, que cultivaba en absoluta libertad, ajeno a las normas del conservatorio, pero con una facilidad de improvisación prodigiosa. Sin que se diera cuenta le grabé varias cintas. Sabe cuadrar el cinquillo y cualquier otro valor irregular, y consigue subdividir perfectamente las síncopas, sin necesidad de castañetear los dedos ni marcar con el pie. No en balde es africano: el ritmo lo lleva en la sangre, como se suele afirmar. Pero su filón musical perdió fuerza desde que, para imitar a los occidentales -a fin de cuentas es un colonizado-, se dedica a lo que se llama la música experimental: sonidos electrónicos, efectos sonoros especiales como timbres, teléfonos, claxon, fax, que si no existe una estética que los gobierne son mera reproducción de la realidad que nos rodea.

Por suerte no se sometió del todo al poder de la máquina y lo humano no ha dejado de estimularlo. En su muestrario sonoro figura la voz de personas que han dejado de existir, como los breves y tiernos diálogos con mi madre, que me emociona tanto volver a escuchar hoy. Y sólo por eso le tolero las groseras reproducciones de borborigmos, *flatus ventris*, resuellos, eructos y degluciones dificultosas.

Me entero que hay un especialista para su tipo de enfermedad, denominada camaleontismo extrapigmentatorio o síndrome de Zelig -por la película de Woody Allen spongo- y de inmediato decido llevárselo. Con nosotros viene mi amigo Juan Luis, por el que nutre marcadas tendencias homosexuales, que me ayuda a cargarlo en un taxi. El médico, previniendo los efectos desgastantes y carismáticos que mi compañero produce en la gente, nos hace pasar por una puerta privada que lleva directamente a la consulta.

Jacou permanece callado, se diría embalsamado. Y yo: "Créame doctor, imita a la perfección el ruido que hace la cucharita contra la taza cuando se revuelve el café; cada vez más fuerte, como los amplificadores de una discoteca, de ciento veinte decibeles para arriba. ¿No existe algo para decondicionarlo? Si sigue así me volveré loca". Ahora Jacou se hace la víctima, como cuando da vueltas por la casa en busca de cáscaras vacías de maníes, a las que les quita hasta la película colorada. El veterinario me contesta que el *Psittacus Erithacus Erithacus* es sanísimo, que si se arranca las plumas debe haber sufrido sus buenos traumas psicológicos, y en cuanto al sonido que adoptó como tic distintivo, la culpa es mía. "Señora, trate de no revolver el café en su presencia, pues cuando este tipo de loro aprende un sonido le queda grabado para siempre. Es el imitador mejor dotado del reino animal".

Aprovecho para pedirle si es posible calcular su edad. "No se sabe, ni siquiera mediante una endoscopia". Con tono sentencioso me suministra las mismas escuetas informaciones de los manuales sobre la cría de loros, que revelan que en su ambiente natural tales individuos pueden alcanzar los 70 años de vida, pero en cautiverio son mucho menos longevos. Y para concluir, gasta saliva al preguntar ",Cuántos años tenía el loro cuando lo compró?" "No lo sé, doctor, no lo sé", digo suspirando, mientras busco en el bolso la tarjeta de crédito por una visita tan cara como inútil.

Al salir de la consulta cruzamos la sala de espera con gente con perros, gatos, canarios y mirlos, más o menos enfermos. "Gris como éste nunca lo había visto", comenta alguien. Y un niño ",Quién le pintó la cola?" Me armo de paciencia, como siempre, para convencerlos que estos loros son todos iguales, grises, con pico negro y doce plumas rojas en la cola... ",Y habla?" "Claro, habla como uno de nosotros. ¡Hasta dice algo en catalán!". Y la señora misericordiosa con su canasto desbordante de cachorros para vacunar me sonrío comprensiva "Debe ser una gran compañía para usted".

¿Compañía? ¡Demasiada! Pero para una como yo, que fui deseada y amada. ¿Quién iba a suponer que terminaría con un tipo tan repetitivo? Si renazco, juro que me compro un gato. Él sigue luciéndose con su repertorio: ",Cómo se puede ser tan loro y tan bello? ¡C'est pas possible!" Y en medio de la curiosidad de la gente, que se agolpa alrededor del taxi, lo empujo hasta que entra. Volvemos a casa. Juntos, hasta que la muerte nos separe.

